

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

SENTIDO
Y
PRESENCIA
de
MIRANDA

EDITORIAL IQUEIMA
BOGOTÁ
1950

SENTIDO Y PRESENCIA DE MIRANDA

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

SENTIDO
y
PRESENCIA
de
MIRANDA

EDITORIAL IQUEIMA

BOGOTÁ

1950

Impreso en la Editorial Iquetmia, carrera 10ª, 21-22, Bogotá

SENTIDO Y PRESENCIA DE MIRANDA

(Discurso en la Academia Colombiana de Historia para celebrar el Bicentenario del Precursor.)

Señores:

“Hijo primogénito”, de quien la madre patria espera el remedio de sus males, llamaron los mantuanos de Caracas —encabezados por el Marqués de Mijares, el Conde de Tovar y don Juan Vicente Bolívar— al Generalísimo Francisco de Miranda, en carta sigilosa, escrita cuando en la capital de Venezuela se comentaban con inquietud los graves sucesos ocurridos en Santa Fe de Bogotá el año de 1781, al alzarse el pueblo con la voz de reclamos afincados en la protesta contra las exacciones y vejámenes impuestos por un rapaz sistema tributario.

La madurez alcanzada por el mundo español de las Indias, reclamaba de parte de las autoridades peninsulares un tratamiento acorde con los

derechos que generaciones, ya seculares, habían ido creando y robusteciendo en el ancho hemisferio americano, donde el español llegó, empujado por la aventura, con la recia y avasalladora personalidad lograda para timbre de la estirpe, no a fundar factorías en beneficio de una Corona absorbente, sino para dar nuevo espacio al destino ecuménico que de modo singular e inconfundible le estaba señalado. En las naves audaces de la conquista no vino sola la espada imponente que en manos de los fieros caudillos iba a someter a los indígenas: con ella vinieron las mismas voces clamantes de justicia que en la propia Península se oponían, altaneras, a los desmanes de los Reyes y a los caprichos bastardos de los favoritos. Mientras en España se nublaba el viejo espíritu democrático, que hizo de cabildos y mestas torres muradas contra la pretensión de los señores, en América la lucha por la libertad iba a tener más dilatado espacio. Fundadas las ciudades y los pueblos nuevos, si bien los pendones mostraban los emblemas reales y en la conciencia de los criollos había lealtad para la persona del Monarca —aún cubierto de la virtud carismática que le transmitían signos cuya juridicidad buscaba afincó hasta en abstrusas disquisiciones teológicas —un hilo oculto, como de agua.

soterrada, marcaba la presencia de un anhelo de justicia y de autodeterminación colectiva. El mismo proceso europeo de pugna entre la autoridad, que quería para sí todos los beneficios derivados de los atributos del Estado, y el pueblo que reclamaba la ampliación de su radio funcional, se trasladaba al campo de América —justamente cuando los fulgores del Renacimiento cargaban de mayor contenido de humanidad a los conceptos— para dar a nuestra joven historia el profundo significado dialéctico que la hace incomprensible para quienes la estudian a la lumbre de una idea fija o de una pasión sin examen.

La lucha en América por la justicia apenas se advierte cuando acuden sus hombres al argumento de la franca sedición o de la airada protesta, mas ella, en cambio, como secuela de un pueblo que ha vivido de su propia agonía, se hizo presente a boca de la misma conquista, para alzarse contra el rigor del inhumano encomendero y contra la avaricia del recaudador que torcía para su medro el sentido de las leyes y la providencia de las ordenanzas. Desde México hasta el Plata hubo un permanente murmullo de quejas provocadas por el proceder de los funcionarios que representaban el poder imperial. No era fillo de media noche la vida de la colonia, sino larga y vi-

gilante madrugada en que los hombres esperaron el anuncio de la aurora. Allá y acá americanos y hombres nacidos en la propia España —letrados, teólogos y caballeros de pardas letras— se empeñaban en sorda lucha y se retraían a la meditación fecunda, de donde pudiera surgir la fórmula o el medio de mejorar la vida por el concierto de la justicia. “El imperio más breve fue siempre el más injusto”, escribía, cuando finaba el Siglo XVII, el Marqués de Barinas a la Majestad de Carlos II, para llevarlo a la reflexión sobre el mal gobierno de las Indias. Pero la informe voluntad de América, para la realización de su destino reparador, necesitaba concretarse en una conciencia individual que sirviera de voz y contraeco a las quejas silenciosas de quienes vigilaban de uno a otro confín. Precisaba la presencia del segador activo que recogiera con audacia la dispersa cosecha de voluntades. Y esa, señores, fue la función histórica que tocó desempeñar al Generalísimo Francisco de Miranda.

“Hijo primogénito de la Patria” lo declararon los mantuanos caraqueños, cuando apenas iniciaba su brillante carrera en el mundo ilustrado de la vieja Europa: “primer gran criollo de América”, lo ha llamado con acierto uno de sus panegiristas contemporáneos. Fue en realidad la pri-

mera gran conciencia americana hecha presente en los estrados de la historia universal, y por haber cumplido a cabalidad tan conspicua misión, unánimemente celebra hoy su memoria el Continente.

La pasmosa cultura, la destreza en los campos de guerra de la América del Norte y de la Francia revolucionaria, la elocuencia convincente ante los jueces del Terror, la fina habilidad del diplomático, las amplias concepciones del estadista, las estupendas aventuras del viajero, la dolorosa tragedia del libertador, la reflexión y austeridad de su temperamento, la firmeza inquebrantable del carácter, nada valen, siquiera sean por sí solos un mundo para el biógrafo, ante el significado mágico de su función como hombre que interpreta el destino de un mundo y asume la responsabilidad de realizarlo en lucha abierta contra un poderoso imperio.

Lo que tres siglos callaron, él lo grita con angustia solemne; lo que padeció la justicia, él lo pregona con trenos ensordecedores; la voluntad silenciosa del hombre de América, él la anuncia en tono de arúspice. El demonio que pone la fiebre en los labios alucinados del profeta, lo ha poseído por completo, y de su boca sale hálito de fuego que impulsa el huracán de la revolución.

Todo el largo proceso antiguo, en que se mezclaron las voces y las quejas de Lope de Aguirre, de Antón de Montesinos, del Negro Miguel, de Juan Francisco de León, de José Antonio Galán, de Tupac Amaru, de José de Antequera, se conjuga, para la labor inmediata y fecunda, en el espíritu templado de este magnífico americano, que hace sentir en cortes, gabinetes y salones europeos la presencia de un mundo forcejeante por ganar fisonomía propia en el orden universal de las naciones. Las voces tímidas del indio, el quejido profundo del negro y la altivez del criollo, hacen multánime concierto en la conciencia de Miranda, para expresar la inquebrantable voluntad de personería de nuestra América mestiza.

Crecidas por el dolor de la distancia, le llegan a Europa noticias constantes de lo que pasa en el nuevo mundo. "Caracas se levantó por los años de 1750, Quito en 1764, México trataba su independencia con Inglaterra en 1773, el Perú estuvo sublevado en marzo de 1781 y en el mes de junio de este propio año, el reino de Santa Fe en rebelión, expulsó al virrey y tropas europeas...", explica por 1790 al ministro inglés Pitt, como prueba de la madura conciencia americana de que se siente anunciador e intérprete; y siete años más tarde, por medio de la primera reunión

de diputados de América, efectuada en París el 22 de diciembre de 1797, da forma a las propuestas hechas en la conferencia de Hollewood. En su severo apartamiento de la Rue Saint Honoré se han juntado los comisionados que llevan de América la misión de perfeccionar las propuestas hechas al Ministerio británico, y de aquella junta, que debiera recordarse como hito primerizo en la anfictionía americana, regresa a Londres con título de “Comandante General en lo militar de la provincias, villas y ciudades del continente hispano-americano”.

Ya está Miranda formalmente a la cabeza de la comunidad americana. Es el jefe militar del mundo hispánico de las Indias que busca nuevas formas para sus realizaciones de cultura. Frente al Rey español hay, si bien a merced de la azarosa aventura, otra autoridad que se dice expresión de la soberanía de América. Mientras en el Borbón se estratifica un mundo viejo: la conquista, la colonia, el rico y contradictorio proceso de la formación de estos países; Miranda, como la heroína de Shakespeare, representa la claridad que ilumina al Calibán atado. Sus títulos difieren en el origen y en el tiempo: al español le viene el dominio soberano por un acto de conquista cumplido hace tres siglos; Miranda se siente perso-

nero de una soberanía en cierna, que arranca de la confusa y aún dormida voluntad de un pueblo que mira hacia el futuro. Pero ya en él la nueva América, para saciar su pasión de libertad y de justicia, tiene una cabeza cimera, que representará y defenderá sus indeclinables derechos, y a quien buscarán, para la uniformidad de la labor libertadora, sus compatriotas Pedro Fermín de Vargas, granadino de El Socorro, disfrazado de Pablo de Olavide; el cubano Pedro José Caro, el chileno O'Higgins, el peruano José del Pozo y Sure y, bajo la apariencia de don José Palacio Ortiz, el gran santafereño Antonio Nariño, que riega en América, como semilla de libertad, la célebre traducción de los Derechos del Hombre. Para Miranda no hay venezolanos, ni granadinos, ni cubanos, ni mexicanos, ni peruanos, ni chilenos. En el Nuevo Mundo ve moverse una familia uniforme, distribuída en diversas provincias, para cuya designación integral crea el nombre glorioso de Colombia. Comprende que es uno el destino de estos pueblos y se siente por igual conciudadano de todos los hombres que integran la unidad americana.

Este profundo sentido de aglutinación permite ver, al desbrozar circunstancias y hacer de lado compromisos impuestos por la urgencia de ayuda

extranjera, cómo Miranda intuyó la necesidad de mantener íntegro el contenido moral y político que había creado la conquista española. Aquellas sus ideas de concordia y de cooperación americana, que caldearon la histórica velada de Saint Honoré, reaparecerán en la mente iluminada del Libertador, para intentar unir en el Congreso de Panamá, sobre la base de la lograda soberanía de las regiones, a los pueblos hispánicos del continente, que empezaban a ser presa del arisco nacionalismo, que ha servido de causa a la disipación de los máximos ideales constructivos que fueron numen de los Padres de la Independencia.

Señores:

Volver la mirada hacia Miranda no representa para los pueblos de América un mero acto de gratitud con el gran Precursor de nuestra Independencia; ni para Colombia rendir pleitesía al creador de su nombre y su bandera; ni para Venezuela festejar al hijo glorioso que, tras de haber segado copia de laureles en la vieja Europa, raudo regresó a su cuna para alentar el espíritu de independencia que dio vida a nuestra Primera República. Sobre su ciclópea grandeza humana, Miranda es el más antiguo símbolo de la americanidad permanente y la más fiel expre-

sión del destino autonómico de nuestro mundo indo-hispánico. Soldado de la libertad, cuyo nombre recibe el homenaje de los ojos del mundo que cruza bajo el Arco de Triunfo en el París eterno y luminoso, cambia los arreos del milite para aparecer envuelto en la clámide inquietante de los augures. Su voz doblada de sabiduría antigua y de fuego juvenil, fue la voz de la América caótica de fines del Siglo XVIII. Nada importa su fracaso de guerrero en los campos de batalla de nuestro continente. El tiene que pagar a los dioses, con trueque de dolor, el precio de la nueva libertad que buscaba para sus compatriotas. Y lo pagó tanto en carne viva como en el cascabullo del espíritu, al ver unidas, a la traición de los amigos, las torturas y los vejámenes que le impuso la venganza monstruosa de la España fernandina, que renegaba y destruía, para el regreso al despotismo, el espíritu de liberalidad y de justicia que había inspirado a los políticos doceañistas. Mas, aherrojado de cadenas, su voluntad permaneció firme para la aventura de la libertad, y doblemente oculto, tras los barrotes del cautiverio y tras el nombre de José Amindra, con que esquivaba las pesquisas de sus verdugos y de sus émulos, procuró, hasta la hora de la agonía definitiva, nueva ocasión que le permitiera re-

tornar a la lucha por la libertad.

Ni tomado ya por la inmovilidad sin regreso de la muerte, la reacción imperante tuvo piedad para el grande hombre: su cadáver no oyó preces ni recibió asperges piadosos para el viaje definitivo a la tierra nutricia. De haber meditado un poco más la venganza goda, hubiera sido entregado a las llamas purificantes que castigaran su herejía contra el caduco mundo del fanatismo y la realeza.

Michelet lo miró como ahijado de la desgracia. Nosotros lo vemos como hijo de la fortuna. Porque ¿qué si nó suerte es haber logrado en el ancho y difícil campo de la historia sitio que marca el divorcio de dos épocas? ¿Qué si nó ventura es dejar memoria para todo un continente de que cuyos fueron el pensamiento poderoso y la voluntad enérgica que supieron exprimir la idea y el querer de un mundo que buscaba su destino de libertad? Y aquí estamos, señores, doscientos años distantes del día en que vio la luz de la existencia, celebrando con orgullo y gratitud su recuerdo glorioso, ni reunidos en función de deleite por la brillantez de sus acciones ni embelesados por el colorido de sus fecundas aventuras, sino en la actitud severa y atenta de quienes evocan al maestro inmortal que enseña la perenne

lección capaz de persuadir a la necesidad de avivar la vinculación americana y de fijar los caminos certeros que conducen al triunfo de la causa de los Derechos del Hombre.

Expresión austera del mejor pensamiento en Colombia, su ilustre Academia de Historia ha querido consagrar este acto en honra del egregio Precursor, y aunque él, más que de Venezuela, se sintió hijo de América, a mí me toca agradecer, como representante de mi país, el homenaje que se rinde al más antiguo de los Padres de nuestra nacionalidad republicana, y testimoniar, a la vez, mi reconocimiento personal por la oportunidad que se me depara de dejar oír mi oscura palabra desde sitio donde han dado vuelo a la suya los más conspicuos representantes del pensamiento de Colombia, y donde el ilustre historiador don Enrique Otero D'Acosta, en síntesis brillante, nos acaba de regalar con un perfil del prócer, tan correcto y elegante como el propio de David d'Angers.

MIRANDA HUMANISTA

(Para inaugurar la Exposición del Libro Venezolano en la Biblioteca Nacional de Bogotá).

Señores:

No sólo las dianas del homenaje marcial y el tableteo solemne de los cañones con que los pueblos en paz festejan la memoria de sus grandes constructores, deben escucharse en las honras bicentenarias del Generalísimo Francisco de Miranda. Se le recuerda principalmente por sus magníficas jornadas militares en el Norte de Africa, en los campos de batalla por la independencia de las provincias inglesas de la América del Norte y en las empresas bélicas de la Francia revolucionaria. También se le memora como conductor de la guerra por sus acciones desafortunadas en el propio suelo de la Patria venezolana. Pero tras el Mariscal victorioso y el Generalísimo derrotado, vive otro Miranda de brillo más

intenso que aquel que le prestan las vistosas carreteras y los dorados alamares.

Hombre de su tiempo, Miranda abrevó con la inquieta curiosidad que distingue al pensamiento del Siglo XVIII, en todas las fuentes de la cultura nueva y del saber antiguo, y tuvo por ello bien colmada la mente de esa extraña sabiduría que tanto se nutre, según fue corriente de la moda, en Diderot, Rousseau y Condorcet, como en el vigor aforismático de Séneca y Marco Aurelio, y que para entender el sentido de la vida, buscó los meandros de las muertas sociedades en Herodoto y en Polibio, a la par que inquiría en el estudio de los nuevos utopistas las fórmulas del mejor gobierno de los pueblos.

En la Universidad de Caracas, conforme lo declaró en su testamento, había alimentado su pasión por las letras con “sabios principios de literatura”, que le abrieron las puertas para adentrarse en el campo sin límites de la cultura universal. Su pasión por los libros lo llevó a llenar con la lectura fecundante todo espacio que le dejaran vacío las luchas del guerrero y las azarosas inquietudes del político. Muchas veces sus mismas lides galantes comenzaron, como el idilio de Paolo y Francesca, por un libro leído en co-

mún con la nueva víctima de su fascinante natural.

El ansia de viajar no la saciaba en él ni la curiosidad del paisaje nuevo ni el azar de la renovada aventura. Llegaba a las ciudades para consultar su pasado, por medio del análisis de los monumentos y por el estudio de los museos y bibliotecas, y para estudiar su vida presente a través de la observación de las costumbres y del diálogo con sus hombres principales: reyes y embajadores le daban para ello salvoconductos que le franqueasen la amistad de las primeras figuras europeas de su tiempo. Ahí están sus minuciosos diarios para contestar el fino y penetrante espíritu con que inquirió razones de sabios y políticos, y en París dejó, cuando vino a la aventura de Venezuela, escritos en castellano, francés, italiano, inglés, alemán, portugués, griego y latín, más de seis mil volúmenes por él leídos y anotados, no sólo en la muelle calma del gabinete de estudio y en la alcoba transitoria del viajero desvelado, sino en las propias cárceles de París, donde llegó a recibir legado de libros de compañeros de prisión que no tuvieron como él templado el espíritu para esperar en medio de la desesperanza que incitaban los tribunales del Terror.

De aquella escogida librería ordenó que a la Universidad de Caracas, en “señal de agradecimiento y de respeto”, se entregase después de su muerte la colección de textos griegos. En mis manos he tenido uno de los raros ejemplares que aún existen en tan valiosa biblioteca. Se trata de una traducción latina, impresa en 1811, de las odas de Safo y de Anacreonte y de los fragmentos de Alceo. Al final del volumen, escrita de su propia letra, aparece, en inglés, la siguiente sentencia: “No las piedras duras, robustos leños, ni artificiosos muros forman las ciudades; mas donde quiera que haya hombres capaces de defenderse por sí mismos, allí están las fortificaciones, allí las ínclitas ciudades”.

La preferencia de Miranda por este certero juicio muestra con claridad ejemplar cuáles eran las piedras sillares de su pensamiento gigantesco. Este había fraguado en el horno humanístico de la Enciclopedia y giraba alrededor del antropocentrismo que distingue el discurso mañanero y utópico de sus grandes filósofos. Puede él desviarse, por una demasiada confianza en los principios que se fundamentan en la presunta bondad salvaje de las sociedades primitivas, hacia un culto exagerado del valor del individuo, pero busca, en cambio, al hombre en su realidad inte-

gral como fundamento de la ciudad. "Hombres capaces de defenderse por sí mismos" quería Miranda para soportes del orden social, y a fin de que esa defensa fuese práctica en el terreno activo de la vida y para que los individuos se sintieran vigorosos en sí mismos, él buscó las luces fieles que iluminaran los caminos por donde se va al encuentro de los medios que hacen posible la salvaguardia del propio hombre.

Mientras ilustraba la mente con los secretos del saber, perseguía en los planos directos de la acción, las posibilidades de que sus semejantes crecieran en pujanza para la conquista de su propio destino. El sabía que la libertad es esencia del espíritu y consagró su existencia a luchar por que en el nuevo mundo, donde moraban sus conciudadanos, la libertad ganase la batalla, a fin de cimentar sobre ella un nuevo orden de justicia capaz de levantar la conciencia defensiva de sus hombres.

No veía Miranda al parapeto exterior de las ciudades. De éstas sabía que ni de fuertes muros ni de fastosos edificios derivan su imponencia permanente. A la cultura de la piedra sobrepuso la cultura de la conciencia. El brillo de fuera lo supeditó a la holgura interior de quienes, por haber realizado en sí mismos la obra de formar

su personalidad, ni sienten urgencias qué llenar, ni se saben presa de temores qué vencer, ni deambulan entre sombras y peligros que aminoren la facultad personal de resolver en justicia sobre su propio destino.

Hombre de adentro, Miranda envejeció al amor de los libros. De ellos extrajo sus mejores pensamientos, con ellos consultó sus grandes planes para la libertad del mundo americano. Fieles amigos que jamás lo traicionaron, a no ser que por aumentar su idealismo lo hicieran tropezar más fácilmente con la mezquinidad de sus semejantes, a ellos debemos mirar en estos momentos de inquietud en que América festeja su recuerdo.

Entre los múltiples y adecuados medios de festejar el segundo centenario del Generalísimo, la Embajada de Venezuela en Colombia, ha escogido este de abrir nuestra exposición y feria del libro venezolano, si bien modestas, en cambio divulgadoras de un sector de la cultura de mi Patria. En haciéndolo cree realizar un acto acorde con los ideales mirandinos, pues aún para la materialidad gráfica del pensamiento venezolano el Precursor de la libertad de América tuvo valiosa aportación: en las bodegas del "Leandro" de la expedición de 1806 y entre los rifles flamantes y los cuñetes de pólvora, el aventurero de la li-

bertad trajo una imprenta. El sabía que la guerra no la hacen sólo los fieros soldados y que el poder dominador de la metralla y de las espadas necesita, para la eficiencia operante, que haya mentes ganadas por la fuerza de las ideas en cuyo nombre se lanzan a la contienda los ejércitos. Y en talleres que derivan de la modesta imprenta de la expedición a Coro, han sido impresos la mayoría de los libros que se exponen a la ilustrada curiosidad del público bogotano. Entre dichas obras figuran los tomos hasta hoy editados del estupendo Archivo del Generalísimo. En ellos se guardan las huellas luminosas de la vida múltiple del grande hombre que supo medir y probar con sus hechos la omnipotencia del libro como instrumento formativo de la personalidad humana y como vehículo eficaz para distender el área de la civilización y la cultura.

Sea la gratitud de la Misión venezolana para el ilustre poeta Eduardo Carranza, director de la Biblioteca Nacional, y para el idóneo personal del Instituto, que tan eficazmente han colaborado con el Agregado Cultural de la Embajada en la organización de este acto, encaminado a honrar la memoria del egregio patriarca de la libertad americana y a procurar un mejor conocimiento en Colombia de la obra que realizaron

ayer, y que hoy realizan, los ejercitantes de las letras y del pensamiento de mi Patria.

Con las de Bello y de Bolívar, la efigie de Miranda decora este recinto. Entre las brumas de Londres, los tres platicaron en 1810 acerca de los problemas de la independencia americana, y mientras, primero Bolívar y después Miranda, tomaban el bergantín que los traía a la patria en trance de alumbramiento, el modesto filósofo quedaba nutriendo su espíritu, para venir a dar más tarde fisonomía intelectual al mundo que iba a surgir de la aventura de la libertad. Los tres constituyen, para orgullo, sin afanes, del gentilicio venezolano, los vértices gloriosos del triángulo fecundo que mi Patria —incomprendida en su dolor, negada en sus propósitos y olvidada en sus servicios a la causa de América, hasta intentarse aminorar el valor y la gloria de sus hombres— ofreció al nuevo mundo para cimiento insustituible de la torre de su libertad y su cultura.

Señores.

MIRANDA Y COLOMBIA

(Palabras en la Radiodifusora Nacional de Colombia el día 28 de marzo.)

Altamente honroso y grato para mí es tomar parte en el espontáneo homenaje que la Radiodifusora Nacional de Colombia, dirigida por el ilustre maestro Rafael Maya, consagra a la ínclita memoria del Generalísimo Francisco de Miranda.

Si a la totalidad americana ha quedado firmemente vinculado el nombre del Precursor, por haber sido a fines del Siglo XVIII el máximo vocador de sus derechos a la libertad, con Colombia tiene nexos que justifican el entusiasmo con que los altos representantes de su pensamiento están festejando el recuerdo del grande hombre.

Antes que el tricolor glorioso, que es símbolo de la noble patria colombiana, apareciese al frente de los fieros ejércitos que hicieron la inde-

dependencia del mundo español de las Indias, Miranda la había soñado como emblema del continente para quien quiso rescatar, con los derechos de autodeterminación política, el privilegio de llevar nombre que recordase la aventura de aquel que trajo a las tierras desconocidas que moraban más acá de la incierta Thule, los símbolos de la cultura cristiana del viejo mundo. En la mente del infatigable visionario estuvieron, como crisálida de alas dormidas para un gran vuelo, los colores de la bandera y el nombre de Colombia. Los símbolos que hoy dan fuerza y contenido de unidad a la noble nación que arranca para la vida de república el esfuerzo abnegado de los hombres del 20 de Julio, obra son, pues, de la fantasía creadora de Miranda, con derecho, por ello, a que esta patria le mire y le honre como a uno de sus excelsos creadores.

Fiesta no sólo de Venezuela, sino de América, la de Miranda tiene profundo significado en suelo de Colombia, y así lo han entendido quienes, guiados de sentido y de justicia patrióticos, se han sumado a la iniciativa que, como expresión de la conciencia histórica de América, tomaron los historiadores del nuevo mundo en la IV Asamblea del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, que recomendó en 1946 a los gobiernos

y centros culturales del nuevo mundo, celebrar con las proporciones debidas a la magnitud de su figura, el Bicentenario del Precursor de nuestra Independencia.

Para mí, representante de Venezuela en esta fraterna república, es motivo de íntima satisfacción el homenaje organizado por el Maestro Maya, en el cual se me da privilegio de palabra, para saludar con fe mirandina al pueblo glorioso que compartió con mi Patria y con el procero y noble pueblo ecuatoriano, la responsabilidad de haber hecho efectiva la Independencia de la América Española.

Señores.

I N D I C E

Págs.

Sentido y presencia de Miranda	7
Miranda humanista	19
Miranda y Colombia	27